

A mosaic depicting two figures, likely Jesus and St. Peter, with halos. The figure on the left has a beard and is gesturing with his right hand. The figure on the right is also bearded and appears to be holding a staff or a similar object. The background is a light-colored mosaic with some darker tones.

colección
CÁTEDRA

COMO LOS PRIMEROS DOCE

Vocación, santidad y apostolado

EUCLIDES ESLAVA



Universidad de
La Sabana





Como los primeros Doce

Vocación, santidad y apostolado



colección
● ● ●
CÁTEDRA

Como los primeros Doce

Vocación, santidad y apostolado

Euclides Eslava



Universidad de
La Sabana

Eslava, Euclides, autor

Como los primeros Doce: vocación, santidad y apostolado / Euclides Eslava. -- Chía: Universidad de La Sabana, 2017

162 páginas; cm. (Colección Cátedra, 13)

Incluye bibliografía

ISBN 978-958-12-0441-0

e-ISBN 978-958-12-0442-7

DOI: 10.5294/978-958-12-0441-0

1. Apóstoles 2. Cristianismo 3. Misioneros 4. Vida cristiana I. Eslava, Euclides II. Universidad de La Sabana (Colombia). III. Tit.

CDD 225.9

CO-ChULS



Universidad de
La Sabana

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
© Universidad de La Sabana
Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas
© Euclides Eslava

EDICIÓN
Dirección de Publicaciones
Campus del Puente del Común
Km 7 Autopista Norte de Bogotá
Chía, Cundinamarca, Colombia
Tels.: 861 55555 – 861 6666, ext. 45101
www.unisabana.edu.co
<https://publicaciones.unisabana.edu.co>
publicaciones@unisabana.edu.co

Primera edición: agosto de 2017
ISBN: 978-958-12-0441-0
e-ISBN: 978-958-12-0442-7
DOI: 10.5294/978-958-12-0441-0
Número de ejemplares: 1000

CORRECCIÓN DE ESTILO
Eduardo Franco

DISEÑO DE PAUTA DE COLECCIÓN
Kilka – Diseño Gráfico

DIAGRAMACIÓN Y MONTAJE
Kilka – Diseño Gráfico

IMPRESIÓN
DigiPrint

Con licencia eclesiástica de monseñor Héctor Cubillos Peña, obispo de la Diócesis de Zipaquirá, 10 de julio de 2017.

HECHO EL DEPÓSITO QUE EXIJE LA LEY
Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro, sin la autorización de los titulares del copyright, por cualquier medio, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Esta edición y sus características gráficas son propiedad de la Universidad de La Sabana

Contenido

Prefacio	9
A modo de introducción: tres retos para los jóvenes de hoy	11
1. En la sinagoga de Nazaret	19
2. Pescadores de hombres	23
3. Mar adentro	26
4. Jesucristo, luz del mundo	32
5. Los cristianos, sal de la tierra y luz del mundo	37
6. Sígueme	43
7. Vocación de Mateo	50
8. San Bartolomé	55
9. "Rogad al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies"	58
10. Marta y María, acoger a Dios	72
11. "He venido a prender fuego a la tierra"	80
12. "No he venido a sembrar paz, sino espada"	85
13. Condiciones para seguir a Jesús	90
14. El "plan de vida" espiritual	95

15. La mujer cananea o sirofenicia	102
16. El joven rico	106
17. Santiago Apóstol	110
18. Junto al pozo de Sicar: la samaritana	115
19. La conversión de Zaqueo	121
20. La Cruz de cada día	126
21. Muerte de Juan el Bautista	137
22. María Magdalena	141
23. La elección de Matías	147
24. La conversión de san Pablo	152
Bibliografía	156
Índice analítico	160
Índice bíblico	162

Prefacio

Antes de comenzar a leer este libro, pregúntate por qué razón lo tienes en las manos. ¿Qué te animó a ojearlo? ¿El tema, la invitación clara de Jesús? ¿La recomendación de un amigo? Si te has lanzado a esta aventura porque tienes algún interés en dilucidar la voluntad de Dios para ti, probablemente podrás aprovecharlo mejor.

Cada vez me convenzo más de que también hoy muchas personas, sobre todo jóvenes (pero sucede en todas las edades), siguen experimentando el anhelo de seguir a Cristo, de parecerse a Él, de gastar la existencia en un ideal arduo, en el reto de darse a los demás para transmitirles el amor de Dios.

Ese es el principal objetivo de estas páginas: ayudar al lector a que haga su propia oración personal, invitarlo a que juntos nos metamos en las escenas del Evangelio “como los primeros Doce” (ECP, n. 107), a que contemplemos el rostro a la vez cariñoso y exigente de Jesús, sintamos los efectos de su paso por la tierra, escuchemos sus palabras.

Como fruto de ese esfuerzo por hablar con Dios, mientras meditamos los diversos pasajes, surgirá naturalmente el diálogo personal, la conversación íntima con Jesucristo, la pregunta de amigo, de hermano, de hijo: *¿Qué quieres, Señor, de mí?*

Para lograrlo, es muy importante acudir desde el comienzo al Espíritu Santo, quien garantiza la eficacia de estas lecturas: solo Él será capaz de suscitar en nuestra alma los santos deseos de imitar a los personajes del Evangelio que fueron generosos. Al Paráclito le pedimos que nos dé abundantes gracias para tomar decisiones audaces, como las que ellos asumieron: desde la Virgen María, pasando por los primeros discípulos, hasta Matías y Pablo.

Al hilo de los relatos conoceremos historias y comentarios de diversos santos y pastores de la Iglesia. Con su experiencia, buscaremos conocer

la voluntad de Dios para nuestra vida y responder con generosidad a su llamada¹.

Ponemos en las manos de la Virgen las luces, los sentimientos y las decisiones que la lectura de estas meditaciones pueda suscitar en quienes las utilicen para su oración. Pidámosle a Dios, por intercesión de su Madre santísima, que sean muchos los que respondan como Ella al sentir la llamada divina: *“Hágase en mí según tu palabra”*.

Bogotá, 22 de abril del 2017

1 Las citas se hacen de acuerdo con el estilo APA, con algunas peculiaridades. Por ejemplo, los textos de audiencias, discursos y homilias de los papas recientes se citan con la fecha y en la bibliografía se remite a la web oficial de la Santa Sede. Las obras de san Josemaría se citan con una abreviatura que se explica en la bibliografía final.

A modo de introducción: tres retos para los jóvenes de hoy

En la Jornada Mundial de la Juventud en Polonia, el papa Francisco afirmó que “no hay nada más hermoso que contemplar las ganas, la entrega, la pasión y la energía con que muchos jóvenes viven la vida. Esto es hermoso, y, —se preguntó también—: ¿de dónde viene esta belleza?” (Homilía, 28-7-2016).

Para responder a ese interrogante sobre el origen de la belleza juvenil podemos acudir a las historias de tres personas, protagonistas de sendos relatos legendarios: el primero, un avaro, preocupado por ganar el tesoro definitivo; el segundo, un comisionista rechazado y temeroso; y el tercero, un “vida buena” venido a menos. Son figuras de personas que vemos con mucha frecuencia a nuestro alrededor.

El primero era un personaje notorio: piadoso, recatado, casto, obediente, ordenado, buena pinta y alegre. Tenía mucho dinero, porque controlaba sus egresos, no gastaba mal ni una moneda, era austero y exigente con sus empleados, a los que les pagaba lo mínimo. Las opiniones sobre él estaban divididas: para algunos, era un ejemplo de buen financiero. Otras personas, como el tercer personaje de este recuento, lo verían como un bobo, que no disfrutaba de sus bienes; los demás lo admirarían por la abundancia de sus medios y su piedad ejemplar; si omitimos su avaricia, casi diríamos que era un modelo a imitar. Desde luego, las opiniones de los pobres y de sus empleados no serían muy elogiosas...

Mientras los dos personajes extremos eran bastante jóvenes, el de la mitad era un poco mayor: ya tenía trabajo estable, una vida consolidada, prestigio, aunque no era bien visto por sus conciudadanos. Administraba una concesión para cobrar impuestos y, por ese motivo, era considerado traidor a su gente. Además, lo acusaban de inflar las facturas para llevarse una comisión mayor. Las autoridades religiosas lo rechazaban, decían que era un pecador público. Igual que el primer

personaje, tenía mala reputación entre los pobres; en este caso, porque ostentaba fama de defraudador.

Del tercero, en cambio, ya dijimos que era parrandero, mujeriego, aunque también “pródigo”, generoso y derrochador. A su lado siempre había un grupo amplio de amigos dispuestos a todo tipo de excesos festivos. Era la envidia de muchos, que —mientras él disfrutaba— se dedicaban a estudiar, a trabajar, a cumplir el horario de sus casas, y los preceptos morales que les indicaba su religión.

No sabe uno por dónde empezar, o con cuál de ellos identificarse. Preguntémosnos a cuál de ellos escogeríamos como amigo, a cuál de los tres tipos de personaje tiende nuestra personalidad: alguno dirá que el primero, por la seguridad económica; otro preferiría al tercero, para que le pague las fiestas... Bromas aparte, después de esta corta presentación inicial, demos un paso adelante.

Comencemos por el primer muchacho, llamémosle “el joven rico”. Y descubriremos que, en medio de su vida en apariencia feliz, se sentía insatisfecho. Sobre todo, le preocupaba el futuro. Y no solo por la posibilidad de una quiebra (bastante difícil en su caso, pues manejaba muy bien sus posesiones), sino porque tenía una duda que le taladraba la conciencia desde pequeño: a pesar de que se consideraba un hombre bueno, no estaba seguro de serlo del todo en realidad. En principio, sus actuaciones éticas no tenían reproche: ni en lo que tenía que ver con Dios ni en relación con los demás. Sin embargo, le inquietaba el interrogante por el Juicio final, por la vida eterna: ¿qué obras presentaría el día en que tuviera que dar cuenta de su vida? ¿Al final de la existencia, sí valdría la pena todo lo que había conseguido? ¿O qué le faltaba aún para alcanzar una vida verdaderamente lograda? En su corazón, alentaba “*un deseo profundo de eternidad*” (Beato Álvaro, 2014, p. 32).

Comentando esta ansia con algún amigo, este le habría hablado de un maestro muy bueno, muy sabio, que enseñaba con autoridad —con claridad y sencillez al mismo tiempo— sobre las cuestiones más importantes de la vida humana. Le habría indicado que en pocos días pasaría

por allí y quedarían en que él le avisaría para visitarlo juntos. Al joven rico se le abrirían las esperanzas de encontrar respuesta para su honda inquietud: ¿qué hay que hacer para heredar la vida eterna? ¿Cómo evitar la condenación?

El comisionista, por su parte, era mal visto y rechazado por sus coterreños... Quizá también a él un colega le habría hablado de un maestro sabio que podría escuchar sus afugias, le contaría que a él no lo había mirado mal a pesar de su profesión, que, incluso, ponía como ejemplo ese oficio en sus enseñanzas, y que los consejos y la compañía de aquel hombre le habían ayudado a cambiar de vida. Hasta le prometió que le hablaría de él en su próximo encuentro, y se lo recomendaría especialmente, por si decidía ir a conocerlo. La nueva alegría de ese antiguo compañero de locuras hizo surgir en su alma el deseo de imitarlo, de ser —como él— un hombre serio, apreciado por todos, con los principios claros para obrar en conciencia. Además, daba la casualidad de que, en ese momento, el Maestro se encontraba por allí, en su tierra.

Sin embargo, junto con la aspiración de escucharlo, surgieron inmediatamente los obstáculos: ¿cómo alcanzaría a verlo, ya que era de muy baja estatura? ¿Podría preguntarle si estaba aún a tiempo de cambiar? ¿Cómo sería su cara, su talante? ¿Sería un modelo hierático, distante, como un gurú de la India o como los sacerdotes hebreos de entonces? ¿Le reprocharía con la mirada, descubriría sus pecados en público para hacerlo quedar mal delante de todo el pueblo? ¿Lo reconocería, se dirigiría a él, al menos haría una mirada furtiva, que no lo comprometiera delante de los demás habitantes de aquella tierra?

Para comentar la situación del tercer personaje, hay que tener en cuenta el contexto en el que se movía: poco tiempo antes, empezaron a correr malas noticias en el panorama económico de la ciudad. La historia resume la situación en que *vino por aquella tierra un hambre terrible*. Aumentaría la inflación, el desempleo, la especulación, hasta que desaparecerían las existencias de alimentos en los almacenes. Nuestro protagonista, cuyo único trabajo, según vimos al comienzo, era dilapidar su

capital, cayó en la cuenta demasiado tarde de su escasez, cuando *empezó él a pasar necesidad*.

Los amigos de francachela desaparecieron como por ensalmo, solo quedó alguno que, como gran gesto de generosidad, se ofreció a interceder por él para que obtuviera una fuente de ingresos, aunque fueran mínimos: así fue como consiguió el primer trabajo de su vida. Solo que la situación era tan difícil que el salario no le alcanzaba casi para nada. Prácticamente, estaba en condiciones de mendicidad. Fue entonces cuando recapitó y pensó en hacer algo que había descartado desde varios años atrás: regresar a su casa y pedir perdón por haber despilfarrado el capital familiar de esa manera.

En medio de su necesidad, entendió lo que valía el dinero y se dio cuenta de la gran deuda que había adquirido con los suyos. Pero superó la vergüenza y, movido por la necesidad, decidió pedir solo que le dieran un trabajo más digno del que tenía (y con un poco mejor de salario, bastaba con el mismo que le pagaban al resto de los obreros). Solo que dudaba de la recepción en casa de sus parientes, no sabía cómo reaccionarían en su casa, por tener la cara dura de regresar a pedir favores después del desaliñado que había hecho tiempo atrás...

Las tres historias son imágenes del hombre actual: obsesionado con el *dinero* (“el mundo”, en el sentido negativo que describe san Juan), fascinado por el *poder* (la “concupiscencia de los ojos”, de la que habla el mismo evangelista) y poseído por el *vicio* (la “concupiscencia de la carne”). Esas tentaciones son como el anillo de Sauron que, aunque crees poseerlo, es él tu verdadero dueño a no ser que tengas la nobleza de Frodo Bolsón.

El joven rico se creía bueno, quería ser mejor, pero con sus propios medios, con sus capacidades: ni siquiera con sus virtudes, sino con su dinero. Pensaba que el cielo se compraba con oro. El comisionista creía tenerlo todo, pero nadie lo quería, le remordía la conciencia y estaba muerto del susto. Por último, el pródigo en parrandas se consideraba imperdonable. Le faltaba autoestima. No conocía de verdad a su padre

(no sabía qué tan bueno era), ni se conocía a sí mismo (en su soberbia, pensaba que no había nadie tan malo como él).

Los tres personajes buscaron la misma solución: el consejo del sabio. Los más perspicaces ya habrán caído en la cuenta de quién se trataba... y quiénes son los tres protagonistas. ¿Pero qué encontraron? Veamos las tres escenas:

El joven rico se presentó a la salida de la ciudad, reconoció al Maestro y corrió a arrodillarse delante de él para hacerle la pregunta que le martillaba desde tanto tiempo atrás: *“Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”*. La respuesta fue alentadora: bastaba con cumplir los mandamientos. La verdad es que vivir esas exigencias no es del todo fácil, pero ya hemos visto que, si algo tenía este personaje, era una integridad que le permitía responder con convicción: *“Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud”* (Mc 10, 20).

Lo que sucedió más adelante es uno de los pasajes más conmovedores de la historia, a mi humilde entender: aquel Señor, ante el cual uno se ponía de rodillas, que tenía un grupo nutrido de discípulos, que era reconocido por algunos como la máxima autoridad moral en todos los tiempos, *“se quedó mirándolo y lo amó”* (Ibídem). Le dirigió una mirada de cariño que todos entendieron como un amor profundo, una amistad que podía ser eterna. San Juan Pablo II decía a los jóvenes: “Deseo que experimentéis una mirada así. Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mire con amor” (Carta, 31-3-1985). El cariño fue tan intenso que conllevó un reto: ya que consideraba que vivía tan bien su religión judía, que cumplía tan escrupulosamente hasta el último mandamiento, le ofreció la clave para lograr la perfección humana y sobrenatural: *“Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme”*.

El comisionista, Zaqueo de nombre, hizo gala de su astucia para lograr lo que se proponía, y venció su pequeña estatura subiéndose a un sicomoro para ver pasar al Maestro. Pero no solo alcanzó ese objetivo, sino que, cuando lo vio venir de frente, descubrió que sus ojos se encontraban

en una mirada inefable. Y además de verlo, escuchó que su voz se dirigía a él, lo llamaba por su nombre, y le decía que se diera prisa y que bajara, porque *era necesario que ese mismo día se quedara en su casa* (Lc 19, 5). Como en el cuento de Tagore, la generosidad del rey viandante desbordó cualquier previsión: él esperaba una mirada de soslayo y alcanzó un Huésped de carne y hueso (cf. Ofrenda lírica. Citado por Eugui, 2004, p. 336).

El hijo pródigo se dirigió por el camino viejo, tantas veces recorrido, lleno de nostalgia y de remordimiento. Se imaginaba la reprobación general, el reproche por atreverse a regresar, pero era su última carta. Si no funcionaba, regresaría al trabajo de cuidar cerdos, tan repugnante para un judío. Pero dejemos la palabra al autor original de esta parábola:

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”.

A la luz de la predicación del papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud en Polonia, podemos hacer un balance del encuentro de los tres personajes con el sabio al que acudieron:

Al joven rico, el Maestro le propuso un reto que nunca se había proyectado. Jesucristo le planteó *la aventura de dejar huella*, de imitar a Dios, de ser un ministro suyo con las obras de misericordia, de abandonar las propias comodidades e ir al encuentro de los demás, siguiendo el ejemplo de los doce Apóstoles y, en mayor proporción de la Virgen María, que es la “Madre de la misericordia”:

Hemos venido a dejar una huella. Jesús no es el Señor del confort, de la seguridad y de la comodidad. Para seguir a Jesús,

hay que tener una cuota de valentía, hay que animarse a *cam-
biar el sofá por un par de zapatos* que te ayuden a caminar por
caminos nunca soñados y menos pensados. *Dios viene a abrir
todo aquello que te encierra. Te está invitando a soñar, te quiere
hacer ver que el mundo contigo puede ser distinto. Eso sí, si tú no
pones lo mejor de ti, el mundo no será distinto. Es un reto* [cursi-
vas mías]. (Homilía, 30-6-2016)

Zaqueo, el comisionista, encontró un nuevo amigo, con una fidelidad eterna. Al calor de su amistad sincera, tomó la decisión de reponer lo que hubiera escamoteado antes, y le dijo al Maestro: *“Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más”*. Se convirtió en ejemplo de *audacia* y *valentía* para vencer todas sus dificultades: la baja estatura, la vergüenza paralizante y la multitud que murmuraba. Comenta el papa:

El Señor quiere venir a tu casa, vivir tu vida cotidiana: el estudio y los primeros años de trabajo, las amistades y los afectos, los proyectos y los sueños. Cómo le gusta que todo esto se lo llevemos en la oración. Él espera que, entre tantos contactos y chats de cada día, el primer puesto lo ocupe el hilo de oro de la oración. Cuánto desea que su Palabra hable a cada una de tus jornadas, que su Evangelio sea tuyo, y se convierta en tu “navegador” en el camino de la vida [cursivas mías]. (Homilía, 31-7-2016)

El pródigo en derroches descubrió un padre con el que no contaba. Supo que la misericordia es el don más grande y que el Señor, representado por el padre de la parábola, “no se cansa de perdonar: somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón”. De él puede decirse que cumplió el tercer reto que plantea Francisco a la juventud de hoy: el desafío de *cambiar el mundo*, empezando por uno mismo:

El tiempo que hoy estamos viviendo no necesita jóvenes-sofá, sino jóvenes con los guayos puestos. Este tiempo sólo acepta jugadores titulares en la cancha, no hay espacio para suplentes.

El mundo de hoy pide que *sean protagonistas de la historia* porque la vida es linda siempre y cuando queramos vivirla, siempre y cuando queramos dejar una huella. Por eso, amigos, *hoy Jesús te invita, te llama a dejar tu huella en la vida, una huella que marque la historia, que marque tu historia y la historia de tantos. Hoy Jesús, que es el camino, te llama a ti, a ti, a ti, a dejar tu huella en la historia. ¿Te animas?* [cursivas mías] (Homilía, 30-7-2016)

Pidámosle a la Virgen, modelo de generosidad y de entrega a la voluntad de Dios, que acojamos con magnanimidad la triple propuesta que hemos considerado en la predicación del papa: *dejar huella* con las obras de misericordia (como en la llamada del joven rico), *convertirnos con audacia y valentía* (como Zaqueo), *cambiar el mundo*, sabiéndonos hijos de Dios (como el hijo pródigo).

1. En la sinagoga de Nazaret

En los primeros capítulos del Evangelio de Lucas, asistimos al inicio de la labor apostólica del Señor. Regresa a su Nazaret, el pueblo donde había crecido, y predica en la sinagoga: *Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír* (Lc 4, 14-30). Jesús se apropia de la profecía: dice que Él mismo es el Mesías prometido. La reacción del auditorio es muy positiva al comienzo: *Todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca.*

Sin embargo, en algunos surge la duda. *Decían: “¿No es éste el hijo de José?”*. ¿Cómo puede ser posible —pensarían— que aquel que conocimos pequeño, que durante su infancia no hizo nada raro, resulte ser ahora el Hijo de David? Viene a cuento una historia popular, de un campesino que había donado un cerezo para que hicieran con esa madera la imagen de un Crucifijo. Pasados los años, le preguntaron por qué le tenía tan poca devoción a esa imagen, que tenía fama de milagrosa. A lo que respondió: “A ese Cristo no le rezo, pues yo lo conocí cerezo”. Los paisanos de Jesús no tuvieron fe en Él. Es el primer “fracaso” del Señor, el comienzo del camino de tropiezos que recorrería hasta morir en la Cruz.

Pero Jesús les dijo: “Sin duda me diréis aquel refrán: ‘Médico, cúrrate a ti mismo, haz también aquí, en tu pueblo, lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún’”. Jesucristo manifiesta la misericordia de Dios, que siempre ha enviado profetas en los momentos difíciles para hacerles más llevadero el camino. Y se identifica con esos enviados, que padecieron el rechazo de sus contemporáneos. *Y añadió: “En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo”*.

El Maestro hace ver que está llevando a cabo la misión que el Padre le asignó, como los profetas del Antiguo Testamento. Quizá, por esa razón, la liturgia pone este pasaje en relación con el relato vocacional del profeta Jeremías (1,5). A él le había dicho el Señor: *Antes de plasmarte en el seno materno te conocí, antes de que salieras de las entrañas, te consagré;*

te constituí profeta de las naciones El primer verbo, *plasmear*, es el mismo que se utiliza para describir la acción del alfarero con el barro. Cuando habla de *conocer*, está usando un sinónimo de *elegir*. La *consagración* se equipara a “reservar” y la *constitución* o nombramiento es el mismo término que se utilizará para los discípulos en el Nuevo Testamento.

Dios nos conoce mejor que nuestras madres, nos tiene elegidos desde la eternidad, como escribe san Pablo, *para que seamos santos* (cf. Ef 1,3-6). Jesús: enséñanos a asumir la vocación que nos has dado, a llevarla a cabo hasta el final. Ayúdanos a ver tu Voluntad y danos fuerzas —tu gracia— para cumplirla.

Es bueno pensar, en este rato de oración, qué espera el Señor de nosotros. Debemos buscar, como Jeremías, y como el mismo Jesucristo, que el fin de nuestra vida sea cumplir la voluntad del Padre. Es normal que uno sienta temor al plantearse cambiar los propios planes por los que Dios le propone:

¿acaso no tenemos todos de algún modo miedo —si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a Él—, miedo de que pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? (Benedicto XVI, Homilía, 24-4-2005)

¡Cuántos ejemplos tenemos de personas que, a pesar del miedo inicial, han seguido al Maestro! Es la escuela de los santos. Todos tenemos presente el modelo de san Juan Pablo II. Este papa insistía: “No tengáis miedo. Abrid a Cristo las puertas del corazón”. Al comienzo de su pontificado, Benedicto XVI lo recordaba, pensando no solo en la predicación del pontífice polaco, sino también en el ejemplo de toda su vida:

El Papa quería decir: quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada —absolutamente nada— de lo que hace la vida libre, bella y grande. Solo con esta amistad se abren las puertas de la